

Cuentos y cuentistas

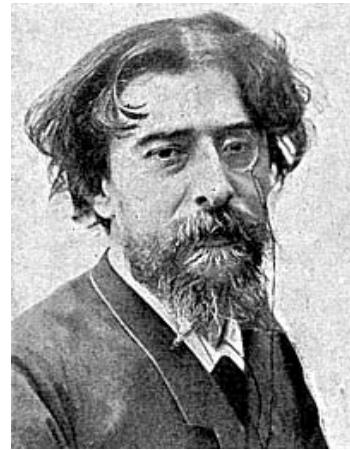
Alphonse Daudet: piedad entre luz y sombra

Para los franceses, dos son los grandes maestros del cuento en el siglo XIX: Maupassant y Daudet. Alphonse Daudet (1840-1897) es catalogado por la historia literaria en tres segmentos: como autor de aventuras, por su *Tartarin de Tarascon* (1872) y sus secuelas; como cronista de la vida rural (sobre todo en Provenza), y también de la vida parisina, destacando *Safo* (1884) en este registro; y como maestro de la narrativa social, especialmente por las novelas *Poquita cosa* (1868) y *Jack, historia de un obrero* (1876), donde con calor y compasión relata la difícil tarea de ser niño en los albores del sistema capitalista. Volcó en su obra su propia experiencia y la de su familia, que debió sufrir los frecuentes sobresaltos de la actividad de su padre, pequeño empresario. No fue ajeno a una penosa tentativa de suicidio, motivada según sus biógrafos por dificultades para establecer relaciones sentimentales gratificantes. Todo esto conformó su sólido estilo, pero asimismo estuvo la influencia de Dickens, a quien admiraba.

Como cuentista, se le considera el maestro por dos volúmenes: *Cartas de mi molino* (1869) y *Cuentos del lunes* (1873), donde elabora historias de costumbres. Del primero provienen algunos de los relatos más populares de la literatura francesa, sobre todo para el público juvenil, como “La cabra de *monsieur* Seguin”, “La Arlesiana”, “La mula del Papa” y “El elixir del reverendo padre Gaucher”, que le valieron los elogios entusiastas del gran poeta provenzal Frédéric Mistral. El segundo es una recopilación de relatos sobre la guerra franco-prusiana, junto a otros que se sitúan en el campo de la literatura fantástica. Daudet luchó en el frente, fue herido y condecorado.



Alphonse Daudet fue un minucioso recolector de usanzas y hábitos de los variados tipos sociales de su país, lo que lo asocia al realismo de Flaubert y, más aún, al naturalismo de Zola, autor con quien mantuvo amistad. Pero no le interesaba la política, aunque sí ponía énfasis en un valor supremo para él: la “sinceridad”. También acudió al humor, registro en que se manejaba tan bien como en la vena sentimental. Un frecuente toque ácido y desesperado no puede sino asociarse a su desgraciada vida, ya que debió soportar durante más de una década los estragos de la sífilis, que lo llevó a la muerte.



Pero hay otra colección suya de relatos, poco conocida, a la cual quiero referirme en particular. Se trata de *Les femmes d'artistes* (Mujeres de artistas), que aparece en 1874. La frase que resume esta colección de doce relatos podría ser la siguiente: ¿Debe casarse un artista? En una de sus mejores novelas, *Safo*, que por cierto juega hábilmente con el tema por entonces tabú de la homosexualidad femenina, Daudet se explaya sobre lo que considera los resultados nefastos del descontrolado deseo sexual, un peligro para el amor romántico. Esto resulta, según él, en penas, dolores, vidas destrozadas y, a veces, en la muerte. De eso el autor sabía, sin duda.

En este contexto, ¿qué tipo de libro es *Mujeres de artistas*? Comienza por un prólogo donde hay un diálogo entre un poeta y un pintor. Éste argumenta con pasión que el artista no debería casarse nunca. Las esposas, dice, hacen que los artistas pierdan su talento. Encadenan sus vidas con minucias domésticas. Además, ellas demandan atenciones que distraen al artista de su arte, lo agobian con exigencias de dinero y lujos que le obligan a prostituir su estilo, etc. Luego el pintor saca un manuscrito

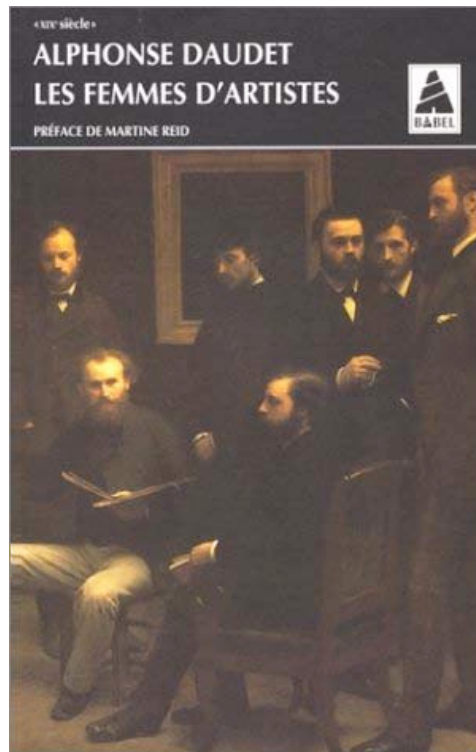
supuestamente escrito por un amigo que ha pasado su vida en el medio artístico, donde ha tomado notas de lo que ha observado. De allí salen estos doce cuentos breves (*nouvelles*, como les llaman los franceses), algunos graciosos, otros serios, cada uno de los cuales describe una más o menos desastrosa relación entre un artista y la mujer con quien se casa. Hay poetas, pintores, escultores, músicos... Todos los matrimonios descritos desembocan en el fracaso.

Los doce cuentos tienen títulos significativos, algunos de los cuales explican su contenido por sí solos: “Madame Heurtebise”, “El Credo del amor”, “La Transtévérine”, “Un hogar de cantantes”, “Un malentendido”, “Los caminos de hecho”, “La Bohème en familia”, “Fragmento de una carta de mujer encontrada en la calle Notre-Dame-des-Champs”, “La viuda de un gran hombre”, “La mentirosa”, “La Condesa Irma”, “Las confidencias de un traje con palmeras verdes”. De “La mentirosa” he traducido un fragmento para captar la onda de Daudet en estos descarnados retratos.

Mas hay otra forma de leerlos. Para los que alguna vez se han casado (aventura indispensable en la vida, dicho sea de paso), hay pocos testimonios literarios que describan tal proceso de forma que se aúnen la voluntad de expresarlos y la calidad literaria. Cuando se han leído y amado los libros de Daudet, con esos muchachos brutalizados o esos buenos burgueses más o menos enloquecidos (por la sed de hazañas o el ansia de poder), se encuentran a menudo detalles de la vida conyugal que sobrecogen por su agudeza e inteligencia. Daudet sabía bien de lo que hablaba, de esas situaciones tan comunes en la vida de hogar. No hay buenos ni malos en el matrimonio, he allí lo que Daudet quiere transmitir. Y es en esta colección de relatos (obra a mi juicio no inferior, no un divertimento por comparación a su obra novelística) donde el francés describe casos precisos que él, como artista, conocía desde dentro, tanto por sí mismo como por sus amistades. Se sirve para ello de una prosa a la vez divertida y depurada de las exigencias novelescas. Estos variados retratos de mujeres casadas o por casarse con maridos artistas, provienen de su capacidad de mirar y comprender a la gente, sobre todo en los medios cultos. Daudet nos ofrece un puñado de viñetas únicas en la literatura.

En todo caso, no se trata de una recopilación de hombres y mujeres en tanto individualidades, sino una visión de esta bestia singular que se llama la pareja. Hallamos el enfrentamiento en cada uno de estos retratos: uno (o una) es más artista, más creativo,

soñador o ambicioso que el otro o la otra, lo cual es finalmente, la fuente de fracasos y tristezas... así como de tantos placeres de un instante y penas que sólo mueren con uno. *Mujeres de artistas* es una lectura encantadora, reveladora, en especial para aquellos que conocemos lo que es el matrimonio, porque hay un detalle por aquí, un personaje por allá, una situación, un diálogo, que nos permiten adivinar: esto es lo que me ocurrió a mí.



El amor a la vida es lo más patente en la obra de Alphonse Daudet, por encima de los juicios críticos que lo han despreciado un tanto por ser demasiado directo, demasiado claro, demasiado transparente: un autor que no necesita que nadie lo explique. Pero ese amor a la vida no es algo que se da por concedido, es una materia que merece una educación. Como cuenta su hijo Leon Daudet (también escritor), su padre solía decir: “Vivimos dos existencias paralelas que se complementan: una existencia de emociones, otra de observaciones. Dar preeminencia a una o a otra, es rendirse a la infelicidad. La felicidad yace en su equilibrio”. El corazón y el cerebro unidos jamás serán vencidos, vaya.

Bartolomé Leal

La Mentirosa (fragmento)
Cuento de Alphonse Daudet

Yo no he amado más que a una mujer en mi vida, nos decía un día el pintor D... Pasé con ella cinco años de felicidad perfecta, de alegrías tranquilas y fecundas. Puedo decir que le debo mi celebridad de hoy en día, hasta tal punto el trabajo junto a ella me era fácil, la inspiración surgía natural. Desde que la encontré, me pareció que ella era mía desde siempre. Su belleza, su carácter, respondían a todos mis sueños. Esta mujer nunca me dejó; murió en mi hogar, en mis brazos, amándome... Pues bien, cuando pienso en ella, es con rabia. Si trato de representármela tal como la vi durante cinco años, en todo el resplandor del amor, con su grande y flexible porte, su palidez dorada, sus rasgos de judía de Oriente, regulares y finos en la turgencia ligera de su rostro, su hablar lento, aterciopelado como su mirada; si trato de darle un cuerpo a esta visión deliciosa, es para decirle en mejor forma: ¡Te odio!...

(Traducción de Bartolomé Leal)